



Una reflexión sobre la desigualdad, la pobreza y la exclusión. Elementos teóricos y analíticos.

Juan Carlos Solano Lucas
Prof. Dpto. Sociología y Política Social.
Universidad de Murcia.
jcsolano@um.es

1. Igualdad vs diferencia vs desigualdad.

Como muy bien plantea Angel Puyol en su libro "El discurso de la Igualdad", "la igualdad no ha tenido buena prensa en los últimos años. Casi nadie se identifica abiertamente con el pensamiento igualitario. Incluso la nueva izquierda parece sentirse más cómoda con el discurso del liberalismo social..."

Pero, ¿qué es la igualdad?. Como apunta Sen (1992) igualdad, ¿de qué? Podemos hablar de igualdad de status, étnica, de género, de renta, educativa, de riqueza, de salud, política, etc. Pero Sen afirma que la idea de igualdad se hace frente a dos formas de diversidad:

1. La básica heterogeneidad humana y...
2. La multiplicidad de variables desde las que se puede juzgar la igualdad.

En este sentido lo que intenta explicar Sen es que dicha heterogeneidad lleva a una serie de disensiones en el valor y en el papel de la igualdad cuando se compara con variables diferentes. En otras palabras, el ser humano tiende a desviar su atención a variables categoriales diversas cuando alude a la propia idea de igualdad. Sen afirma lo siguiente: "La potente retórica de «la igualdad del hombre», a menudo suele desviar la atención de estas diferencias. Aunque tal retórica, por ejemplo, «todos los hombres nacen iguales», se ha considerado siempre como parte esencial del igualitarismo, las consecuencias de pasar por alto esas diferencias entre los individuos, de hecho, pueden llegar a ser muy poco igualitarias, al no tener en cuenta el hecho de que el considerar a todos por igual puede resultar en que se dé un trato desigual a aquellos que se encuentran en una posición desfavorable. Los requerimientos de igualdad substantiva pueden ser particularmente exigentes y complejos cuando hay que contrarrestar un grado importante de desigualdad previa." En esta línea Nussbaum (2007) apunta sobre la teoría de Grocio que lo importante es la igualdad moral, la cual supone una igualdad de respeto y de derechos. Esto bien, significa que la igualdad de facultades no es importante, lo significativamente trascendente es que independientemente de las facultades naturales y supuestamente normales los sujetos reciben exactamente el mismo trato.

Hemos comenzado hablando de igualdad, pero para muchos, y no desde hace poco tiempo, la historia de la humanidad no es la historia de la igualdad, sino de la desigualdad entre los hombres. Incluso parece que existe un acuerdo generalizado entre teóricos y científicos sociales sobre el hecho de que a lo largo de la historia de la humanidad, el desarrollo de las distintas civilizaciones y el progreso de las sociedades en general, está fundamentado en la diferencia y la desigualdad, ya sea ésta producto de la edad o el género, de la

posesión de bienes tangibles o espirituales, del control de los medios de producción o el dominio sobre la toma de decisiones jurídico-políticas, etc..

La trascendencia e importancia de los efectos de la desigualdad no es la misma en según qué formaciones sociales. Sabemos que muchas de tales disparidades tienen un carácter persistente en la práctica. Tal es la situación que tienen tanto en la teoría como en su praxis la capacidad de generar elementos de distinción sobre los miembros de diferentes colectivos. Entonces ¿por qué surgen este tipo de desigualdades? La respuesta la da Tilly (2000:20-21) porque un número determinado y limitado de individuos está preparado para controlar los recursos generadores de valor. Pero ahora cabría preguntarse sobre el resultado de tales procesos de control sobre los recursos... Como diría Parkin, su resultado sería un *cierre social*, éste como el modo por el que un grupo o colectivo de personas impide o permite que otras personas o grupos accedan a este reducido círculo.

Siguiendo con esta lógica, Weber también contribuyó a este debate, en la medida en que consideraba que ciertos colectivos tienden a extender al máximo sus beneficios limitando el acceso a los recursos y oportunidades. Evidentemente, (Parkin, F., 1984:69) la intención de estos colectivos es la de cerrar el acceso a oportunidades económicas y sociales a los advenedizos.

Para seguir con esta idea, hemos de hacer hincapié en que Tilly (2000: 27) precisa algo más el concepto de cierre social centrándose en los propios mecanismos del proceso. Éste considera que “la explotación y el acaparamiento de oportunidades favorecen la instalación de la desigualdad categorial, en tanto la emulación y la adaptación generalizan su influencia”. Dicho de otro modo, estos mecanismo tiene la misión de reproducir las desigualdades entre categorías, de tal modo que la explotación tiende a actuar cuando los individuos con capacidades de control sobre los recursos tienen la posibilidad de obtener mayores beneficios haciendo uso del esfuerzo de terceros, los cuales están condenados a verse excluidos de dicho rendimiento. Al mismo tiempo, el acaparamiento de oportunidades tiende a concentrar y monopolizar un recurso valioso en manos de un colectivo definido.

Estos son algunos de los componentes que renuevan persistentemente la desigualdad social. Pero las actitudes de los excluidos sirven de la misma manera para asentar y cimentar los mecanismos de cierre social. La emulación es uno de los dispositivos que favorece y generaliza la desigualdad entre categorías, la imitación de los modelos de acción justifica indirectamente la realidad desigual; y la adaptación, entendida como proceso de acomodación a hábitos duraderos y distintos para los que originalmente han sido instituido, de tal modo que tienden a reproducir los usos de los individuos o grupos de categorías superiores.

Un interesante ejemplo de este proceso de emulación y de reproducción de las estructuras fundamentadas y legitimadoras de la desigualdad es la lógica funcionalistas, y muy especialmente su importante papel en el debate sobre la desigualdad y la estratificación. Visto con la perspectiva del tiempo y del desarrollo de la sociología moderna, estos teóricos estaban bastante lejos de comprender y explicar los mecanismos de la desigualdad. Ello quedó patente, por ejemplo, en el debate que tuvo lugar a mediados del siglo XX entre Davis, Moore, Tumin y Wesolowski – quien inauguró oficialmente la teorización de la escuela funcionalista de la estratificación –. En ese debate se destacó el importante papel que juega la estratificación en la sociedad y la justificación de la necesidad de ésta en toda sociedad que pretenda motivar y situar a los individuos en las diferentes posiciones sociales del sistema.

Quedó claro durante este amplio debate, que dominó la escena funcionalista durante décadas – y la sociología en general, hasta el extremo de ser considerada por algunos autores como la época oscura de la disciplina – que la piedra angular de la polémica sobre la estratificación social era la desigualdad. Aunque es cierto que el énfasis oficial de dicha teorización se orientaba a la importancia que tiene la ocupación en el sistema de estratificación de las personas adecuadas, en posiciones apropiadas. En este sentido la teoría funcionalista tendía a defender la idea de que las posiciones más importantes para la supervivencia de la sociedad, son en la mayoría de los casos las menos agradables. Para evitar que estas posiciones queden

vacías, la sociedad recompensa diferencialmente a aquellas personas que por su capacidad y aptitud, son apropiadas para dicha posición con el fin de que estos individuos cumplan diligentemente el cometido del puesto. De manera indirecta se destaca la igualdad de todos y cada uno de los individuos que están cualificados para la tarea a desempeñar. Toda sociedad, apuntan los funcionalistas, tiene algún sistema de recompensas o premios que son usados como incentivos y distribuidos diferencialmente de acuerdo a las posiciones. En palabras de R. Feito (1997: 48) sobre el funcionalismo, "la desigualdad social es una idea inconscientemente desarrollada por la que las sociedades aseguran que las posiciones más importantes están conscientemente ocupadas por las personas más cualificadas". La realidad es que esta teoría justifica la perpetuación de las desigualdades, y las posiciones de privilegio de las personas que tienen poder, prestigio y dinero.

Estos dos planteamientos sobre la desigualdad tienen objetivos diferentes:

a) Tilly enfatiza en los mecanismos y sistemas generadores de la desigualdad, cuyas consecuencias considera similares en todas las sociedades; en ellas, la desigualdad aparentemente parece producto de diferencias individuales o grupales. Según este autor estos mecanismos se basan en:

- ?? La organización (jerarquía, categorías, cooperación)
- ?? La retribución (salario)
- ?? La capacidad (educación segregativa).

b) Por el contrario, el funcionalismo sólo pretende dar una explicación de por qué se produce una estratificación social en las formaciones sociales, acercándose a la idea de igualdad para al mismo tiempo justificar los procesos de desigualdad social, a través de mecanismos de asignación de posiciones según la capacidad, cuando la realidad nos ha demostrado que la escuela no es precisamente equitativa o igualitaria. Recuérdese a Bourdieu (1967:48) cuando afirmaba que la cultura escolar no es una cultura que podamos denominar universal, ya que en realidad, es una cultura vinculada a las conceptualizaciones de la clase alta:

"cualquier clase de enseñanza, y en especial la enseñanza de la cultura – incluso de la cultura científica – presupone implícitamente un conjunto de saberes, un **savoir faire** y, sobre todo, una facilidad de expresión que son patrimonio de las clases altas."

El sistema de enseñanza, al tratar por igual a todos los estudiantes cuando algunos soportan permanentemente ciertas desigualdades culturales, genera la reproducción de las diferencias de la estructura social, es decir, de las desigualdades sociales de origen. El sistema educativo es considerado por Bourdieu como un instrumento de reproducción cultural, o en el peor de los casos, como un mecanismo legitimador de los privilegios sociales por medio de la conversión de éstos en derechos meritocráticos.

La función de la escuela no es sólo la de integrar a los individuos en una sociedad; sino reproducir las relaciones sociales de producción, la división del trabajo, las clases sociales y la ideología dominante, que permite a la sociedad capitalista organizarse y mantenerse como dominio de la minoría sobre la mayoría.

En contraste con la desigualdad, la diferencia tiende a ordenar a los individuos sobre la base de parámetros nominales, como el sexo o la raza. La diferencia muestra o manifiesta la variedad categorial entre sujetos del mismo grupo. Por tanto, la diferencia puede ser debida a realidades anteriores y/o posteriores a los procesos de desigualdad. Sirva como ejemplo el hecho de que los hijos de clase obrera suelen tener un porcentaje de fracaso escolar mayor que las clases medias y la clase de servicios o clase alta. Y cómo la desigualdad de género tiene sus raíces en la propia estructura de disparidades de la sociedad patriarcal.

Como señala M. Fernández Enguita (1999: 32) "las personas nacen con un sexo, pertenecen a una raza, hablan un idioma, proceden de una nación, practican una religión y pasan por sucesivos tramos del ciclo de vida, pero lo que convierte las diferencias en torno a cada una de esas variables en algo más que diferen-

cias naturales o puramente culturales, es el hecho de que sobre ellas se fundamentan pretensiones distintas, típicamente efectivas (...), de acceso tanto a la consideración social como, sobre todo, a la exclusividad, a la prelación sistemática o, cuando menos, a la preferencia a la hora de ocupar las posiciones y desempeñar las funciones sociales más deseables. Esto es justamente lo que llamaremos, de momento, "discriminación". Es decir, es lo social lo que hace que las diferencias naturales o culturales se conviertan en méritos para la desigualdad. Por tanto, muchas de las consideraciones tradicionales que valoraban las capacidades superiores de la clase alta como sucesos naturales o genéticos se develan hoy como falacias del conocimiento científico y popular de la gran mayoría de las sociedades.

Desde una perspectiva igualitarista tanto las diferencias como las desigualdades son insostenibles mientras tanto no exista una justificación de las mismas. Es decir, el ser humano ha demostrado cómo es capaz de soportar una innumerable cantidad de injusticias (en el más amplio sentido). Más aún, ha sido capaz no sólo de soportarlas, sino de diseñarlas y ejecutarlas; y aún más lejos, de justificarlas. Es aquí donde encontramos un elemento irrenunciable para la aceptación generalizada de cualquier tipo de diferencia y/o desigualdad entre los hombres: la distinción entre individuos es válida para la sociedad siempre y cuando haya un conjunto de leyes, normas, sanciones y aparatos de coacción que en su conjunto sean capaces de legitimar dicha situación. Sirva como ejemplo los sistemas jerárquicos de estratificación social característicos de las sociedades modernas, o de manera más clara el sistema de castas. ¿Qué son si no, además de entre otras cosas, instrumentos para la reproducción de las diferencias y/o desigualdades sociales?

En un mundo dominado por la expansión y el desarrollo económico, aunque lo social queda en un segundo plano se ve afectado por esta tendencia. ¿Cuál es el resultado de este proceso?, que cada vez el análisis de la realidad social, en su mayor extensión, se hace más complejo y multidimensional. Ya no nos sirven los viejos modelos de explicación de los fenómenos sociales. Nos encontramos ante una época de cambio en el análisis y en los modelos explicativos, con el problema añadido de que los cambios del sistema social van por delante de las posibles adaptaciones de la teoría social.

En este sentido, al hablar de diferencias o de desigualdades lo hemos de hacer con máxima cautela. Las dimensiones y variables explicativas de la distinción, de la dominación, de la posesión, de la explotación, del acaparamiento o del poder, entre otros, son en general cada vez más interdependientes. No podemos elaborar una definición o una explicación del más nimio fenómeno social sin antes aludir a numerosas variables que lo pueden explicar, sirva el ejemplo de la pobreza vs. exclusión social. Mientras que la pobreza es y ha sido considerada tradicionalmente como un estado con una dimensión puramente económica, es la posesión o no de bienes materiales suficientes y necesarios para la subsistencia y para una supervivencia digna. La exclusión social se caracteriza por ser multidimensional, se distingue por la influencia de numerosas variables de orden económico, laboral, cultural, social y personal.

2. Pobreza vs Exclusión.

A qué llamamos pobreza y a qué llamamos exclusión. Tradicionalmente cuando se ha tratado el tema de la desigualdad se le ha dado mayor importancia al concepto de pobreza. La gran mayoría de los estudios y análisis de esta realidad se han centrado en el nivel de ingresos. Los umbrales de la pobreza se han movido hacia arriba o hacia abajo según el contexto en el que se definiera, por ejemplo: todas las personas que disponen de menos del 50% ó 60% de la media o mediana de renta disponible de un estado, país, región, comunidad... Las Naciones Unidas y otros organismos internacionales consideran que el umbral de la pobreza –desde un punto de vista cuantitativo- se encuentra en un dólar al día, en paridad del poder adquisitivo. Este es un indicador sumamente útil para segmentar la población que está en el umbral de la pobreza o por debajo de ésta; así como a aquellos que están en riesgo de entrar en las estadísticas de la pobreza (que son todos aquellos que tienen menos de 2 dos dólares diarios). En cualquier caso, dónde o cómo se sitúe el umbral de pobreza es a todas luces arbitrario.

Como he dicho con anterioridad el concepto de pobreza se trata y se ha tratado siempre desde una perspectiva de recursos disponibles, de renta disponible, de posesión o no posesión de ingresos para proveerse mínimamente de los recursos materiales suficientes y necesarios para la subsistencia y para una supervivencia digna. En suma es el resultado de la privación involuntaria de todos aquellos recursos que impiden satisfacer; al menos, un mínimo de servicios de salud, nutrición y educación. Normalmente el ser pobre no es una opción voluntaria; todo lo contrario, viene impuesta por las condiciones sociales, económicas, políticas y hasta culturales en las que se vive o se ha vivido. Sirva el ejemplo de que en ciertas culturas (especialmente anglosajonas o de tradición protestante) la pobreza más que un estado al que se ha llegado por la influencia de la estructura social, que el sujeto es incapaz de controlar; ésta está considerada como un estigma negativo que marca la vida de los individuos. La impregnación en los discursos políticos de una ética protestante, de un utilitarismo radical y de un culto exacerbado al individuo, hace pensar a la ciudadanía sobre la inmoralidad de recibir ayuda social del Estado. Esto produce dos efectos desde el punto de vista de la ética protestante:

- a. Por un lado la estigmatización del individuo debido al gran pecado de la pobreza.
- b. Y por otro, la incapacidad de expresar todo su potencial individual para mejorar su situación a través de sus propios medios.

Pero la sociedad moderna nos ha traído otra forma de comprender la privación y la pobreza. La exclusión social a diferencia de la pobreza es multidimensional, está unida a diversos factores – tanto endógenos como exógenos – que conducen a un continuo de estadios que van desde la perfecta integración, pasando por situaciones de riesgo de exclusión, hasta la exclusión social plena. Manuel Castel en el libro “Marginación e inserción” apostaba por una gradación del concepto que va desde la:

??Integración, caracterizada por un trabajo estable y sólidas redes sociales (familiares y de vecindad). A su vez la podemos subdividir en tres zonas:

1. Integración total.
2. Erosión de las redes sociales.
3. Pobreza integrada: ingresos regulares bajos y redes sociales sólidas.

??Vulnerabilidad y exclusión, en la cual predomina la inestabilidad laboral y la fragilidad de las relaciones sociales (en especial, las familiares). En ella distinguimos:

4. Pobreza económica: Problemas relacionados con la residencia habitual y erosión de las redes sociales no familiares.
5. Exclusión social: supervivencia gracias a la economía sumergida (irregular), problemas relacionados con la residencia habitual y erosión de las redes sociales familiares.

??Exclusión y marginación, que se caracteriza por la ausencia de trabajo y el aislamiento social. En ella tenemos las dos últimas zonas:

6. Exclusión social severa: supervivencia gracias a la economía sumergida (tanto irregular como delictiva) o a la mendicidad y si existen ingresos regulares son sumamente escasos; serio deterioro de los hábitos y normas sociales; graves problemas relacionados con la residencia habitual e incluso inexistencia de ésta.
7. Marginación y muerte social del individuo.

En otras palabras, mientras que la alusión a la pobreza la hacemos sobre la idea de que es un estado marcado por la privación material, la exclusión se caracteriza por la influencia de numerosas variables de orden económico, laboral, cultural, social y personal. Pongamos un ejemplo, ¿quién tiene más probabilidades de incorporarse a la gran masa de individuos marcados por el estigma de la exclusión?:

- a) Un hombre adulto con empleo estable y bien remunerado con un alto nivel de instrucción, buena salud e iniciativa individual, con una intensa y extensa red de familiares y amigos, y con un entorno residencial agradable; o ...
- b) Una mujer, con un trabajo temporal, precario y mal remunerado, que pertenece a una minoría étnica y privada de una instrucción mínima, con handicaps personales diversos; que carece de vínculos familiares fuertes, y reside en un entorno deprimido.

Como podemos observar la exclusión social va más allá de las pertenencias materiales y se introduce en lo más hondo del concepto de ciudadanía y de participación en el conjunto de la vida social. La exclusión no es una enfermedad que padecen determinados individuos de manera súbita y radical en un momento determinado; sino que es el resultado de procesos en los que intervienen numerosas variables.

En definitiva, ¿qué es la exclusión social? Como dice Joan Subirats "con el término de exclusión social se quiere describir una situación concreta, resultado de un proceso creciente de desconexión, de pérdida de vínculos personales y sociales, que hacen que le sea muy difícil a una persona o a un colectivo el acceso a las oportunidades y recursos de que dispone la propia sociedad. Un conjunto de factores, de combinaciones y solapamiento de causas, de pequeños y grandes fracasos, de conflictos y carencias que ha podido conducir a ello." (Subirat, 2004:137). La exclusión social no es una situación estática, resulta muy importante la sensación de vulnerabilidad, ya que la población observa que las condiciones que viven y sufren son cada vez más manifiestas: la precariedad de las condiciones de trabajo, la degradación o debilidad de los lazos familiares y comunitario, las dificultades del acceso a la vivienda, las condiciones deficientes de habitabilidad de edificios y barrios, etc.

Por consiguiente podemos ver que no hay ningún nexo de unión entre los distintos factores que advierte o identifican del riesgo o la propia situación de exclusión. Recientes estudios sobre el fenómeno de la exclusión social apunta, entre otros muchos, que los principales factores que explican la exclusión social son:

1. Desempleo desprotegido
2. Enfermedad o discapacidad
3. Nivel formativo muy bajo
4. Pobreza severa
5. Falta de experiencia laboral por trabajo doméstico
6. Precariedad laboral
7. Analfabetismo
8. Aislamiento relacional
9. Precariedad y/o deficiencias en instalaciones básicas de la vivienda
10. Dificultades económicas en el hogar

Estos factores no son exhaustivos ni excluyentes. La posición de la persona o grupos social dentro del espectro causal de la exclusión social dependerá de gran parte de los factores que arriba se enumeran.

De cualquier modo, hay también personas o colectivos que son a la postre más vulnerables debido a otros factores explicativos transversales a los anteriores. La edad es un factor, bien por la juventud del sujeto, bien por su avanzada edad. El sexo es otro determinante, así como la estructura familiar, o el lugar de nacimiento, la cualificación, la residencia

No podemos asegurar el grado de influencia que tiene cada uno de los factores determinantes de la exclusión o de sus distintos indicadores. Es un hecho que hoy desconocemos, pero sí podemos afirmar que los factores laborales tienen de modo independiente gran capacidad de determinación a este respecto. El hecho de que un individuo pierda su trabajo, o carezca de él es casi determinante de su futura o pronta exclusión social. No obstante, también es cierto que las redes sociales y/o familiares – tal y como sucede en el caso de España – pueden, y normalmente es así, reducir substancialmente el impacto sobre las probabilidades de exclusión social, de este u otros factores.

Una de las hipótesis que se barajan sobre los orígenes de la exclusión social está precisamente en el factor del empleo. Durante la revolución industrial la burguesía precisaba de numerosa mano de obra barata, que de algún modo garantizaba al proletariado un mínimo de subsistencia. Pero, a finales del siglo XX, los ricos, aquellos que compran la fuerza de trabajo, requieren – gracias a la tecnificación de los diferentes sectores productivos – menos mano de obra que en el pasado (se busca el efecto “productividad” al reducir el factor humano y aumentar su potencial de formación). El hecho de que la revolución tecnológica convierta al conocimiento y a la formación como una materia prima más que liberar parcialmente a la industria de su dependencia de los productos base (Besis, 1995:19), provoca que los trabajadores con poca cualificación, (no sólo los del mundo desarrollado, sino también los del mundo en desarrollo) sean relegados a la periferia del mercado de trabajo. El que el mundo viva un proceso de globalización, del cual sólo se benefician aquellos que están preparados para sobrellevar dicho cambio, no ayuda, esto hace elevar todos los indicadores macro y microsociales relacionados con la pobreza, la explotación y la exclusión social.

Hay que hacer hincapié en el hecho de que la exclusión “es también la pérdida del vínculo social que conlleva el rompimiento del entramado social” (Besis, 1995:21). No obstante, esto quiere decir que se ha de tener en cuenta el hecho de que en algunos países - especialmente en el sur – las familias y las redes sociales extrafamiliares juegan un importante papel en la lucha contra la exclusión social, pero no contra la pobreza. En consecuencia, la ruptura con este tipo de asistencia social familiar en diversas zonas del planeta castigadas con la pobreza lleva al desarrollo imparable de numerosas bolsas de marginación.

3. El carácter de las nuevas formas de desigualdad social.

¿Es la exclusión social una nueva forma de desigualdad? Lo es en la medida en que es un proceso con un carácter estructural que afecta a individuos y grupos sociales, producto de una multidimensionalidad de factores que tienen su origen en las sociedades industriales y/o tradicionales, pero que se desarrollan en las sociedades tecnológicamente avanzadas, y que de manera latente configuran una estructura social basada en el riesgo y en el conflicto. Su multidimensionalidad no es óbice para enfatizar la importancia de dimensiones fundamentales que explican la exclusión, como es la laboral, ya que ésta favorece una sociedad dualizada¹, donde entran en crisis las conexiones intergrupales e interindividuales de relaciones, llevando a los sujetos y a los grupos afectados por la exclusión al aislamiento y a la no participación en la dinámica de inserción e inclusión. Si las condiciones de vida, laborales, sociales, de relaciones, económicas, etc. no cambian, su expansión lógicamente es ineludible.

¹ Esto es, hoy día, un hecho indiscutible. El modelo de estratificación de las sociedades dualizadas se caracteriza porque nos encontramos con un numeroso colectivo de clases sociales medias integradas tanto en su estructura productiva, como cultural, con niveles de cualificación y de renta aceptables, los cuales les permiten reproducir su posición de clase. También nos encontramos, en este caso por la parte alta de la pirámide, una estrecha franja, poco numerosa pero de gran poder económico, político y cultural, de clase alta. Y en el extremo opuesto, con un estrecho puente de acceso a los estratos superiores, una enorme y heterogénea infraclase o clase excluida, expulsada de la participación en los procesos necesarios de inclusión social.

Juan Torres (1999) exponía en su artículo cómo se iban manifestando en las sociedades modernas nuevas expresiones de la desigualdad social. Indicaba que a las viejas formas de desigualdad – las objetivas (renta, consumo, gasto, educación), las que proveen de criterios de diferenciación intergrupos, las ideológicas, etc. – se les han añadido otras nuevas que no son intercambiables o sustituibles; sino más bien, acumulativas.

Hoy día la desigualdad no se manifiesta en términos de diferencias entre grupos, tal y como tradicionalmente se ha venido produciendo. En la actualidad, la desigualdad se manifiesta también dentro del propio grupo. Se establece en los distintos elementos que explican la desigualdad numerosos continuos que provocan una enorme heterogeneidad supuestamente dentro de un grupo homogéneo.

Sin embargo, la desigualdad sigue siendo en su origen producto de las estructuras y no del devenir individual. El azar no es una explicación de las disparidades estructurales. Lo que está claro es que ciertos elementos que antes eran considerados como instrumentos sumamente eficaces para mejorar la posición social de origen, hoy se ven desbordados por la multitud de variables que inciden negativamente sobre ellos. Valga el ejemplo de la inversión educativa, se ha generalizado de tal manera que hoy tiene más sentido, en muchos casos, explicar la desigualdad en base a criterios tales como la edad, la nacionalidad, la renta, el hogar, el entorno, la actividad, etc.

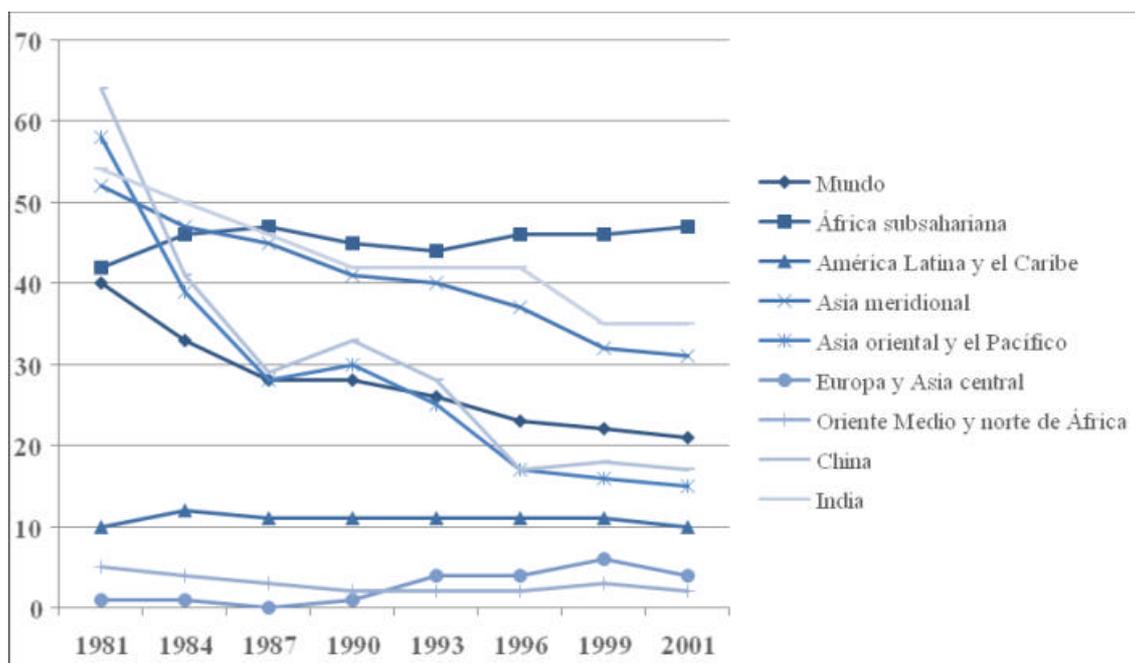
En este sentido otra de las nuevas expresiones de la desigualdad se refiere al saber y al conocimiento. En la actualidad, son un requisito irrenunciable e irreemplazable del desarrollo. Sin acceso a la información no hay acceso a los mercados, y sin acceso a los mercados, los países con recursos y materias primas perderán la oportunidad de competir. Y las personas con baja o poca cualificación frustrarán sus expectativas de desarrollo. De tal modo que las sociedades que cuenten con buenos niveles de instrucción global ganarán la partida del desarrollo. Un buen ejemplo, es el uso de la tecnología como elemento diferenciador tanto de la exclusión como de la inclusión social de los individuos y los países. El siguiente caso ilustra esta idea, el 20% más rico de la población de los países más ricos del planeta posee el 74% de todas las líneas telefónicas y consume el 58% de toda la energía y el 87% de todo el papel, mientras que el 20% más pobre sólo posee el 1,5% de todas las líneas telefónicas y consume apenas el 4% de toda la energía y menos del 1% de todo el papel (ONU, 2005)

4. La mundialización de la desigualdad.

La desigualdad ha crecido. Existen muchos indicadores que demuestran esta afirmación. Por ejemplo, en el Informe sobre la situación social en el mundo de 2005 de la Asamblea General de las Naciones Unidas se afirmaba que era sumamente alarmante la disparidad de la riqueza. Hemos alcanzado unos niveles de riqueza inimaginables hace cien años, sin embargo la mundialización ha hecho que la distribución de tales niveles de riqueza sean aún más desiguales que nunca. Desde 1820 (al comienzo de la Revolución Industrial), la distribución de los ingresos entre los 10 países más ricos del mundo respecto a los 10 más pobres era de 3 a 1. Es decir, los diez países más ricos del mundo controlaban 3 veces más riqueza que los diez más pobres. En 2000 era de 47 a 1. Otro dato de la misma fuente que aporta más luz sobre esta dinámica se refiere a que el 20% más rico de la población de los países de mayores ingresos representa el 86% del consumo privado total, mientras que el 20% más pobre de la población mundial representa apenas un 1,3%.

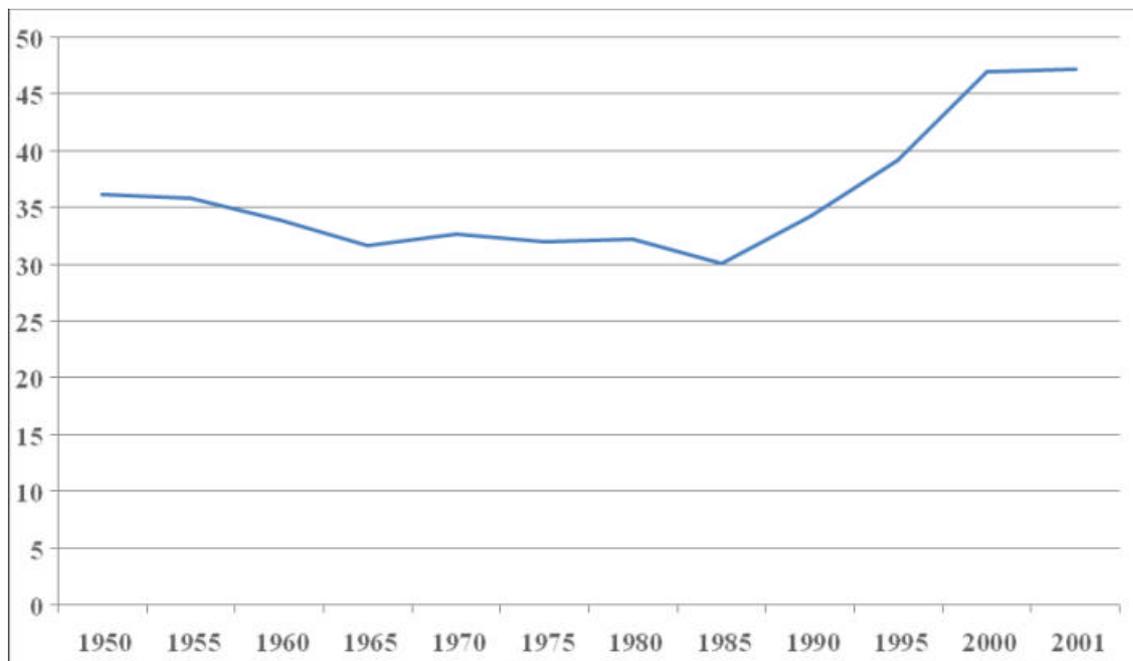
Como podemos ver en el gráfico de abajo, aparentemente se ha producido una mejora considerable en las dos últimas décadas en la reducción del porcentaje de personas afectadas por la pobreza a nivel mundial. Sin embargo este dato esconde una realidad bien distinta: las regiones de Asia meridional, Asia Oriental y Pacífico, China y la India, han reducido significativamente sus tasa de pobreza. En otra línea, Europa y Asia Central y Oriente Medio y Norte de África se han mantenido en niveles inferiores al 5% de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza. Por el contrario, el caso más llamativo, lo encontramos en el África Subshariana, donde no sólo no se ha reducido la tasa de pobreza sino que se ha incrementado, pasando del 42% al 47% entre 1981 y 2001.

**Evolución de la tasa de pobreza 1981-2001 por Regiones
(Porcentaje que vive con menos de 1 dólar al día - PPA US\$)**



Fuente: Informe sobre la situación social en el Mundo, 2005.

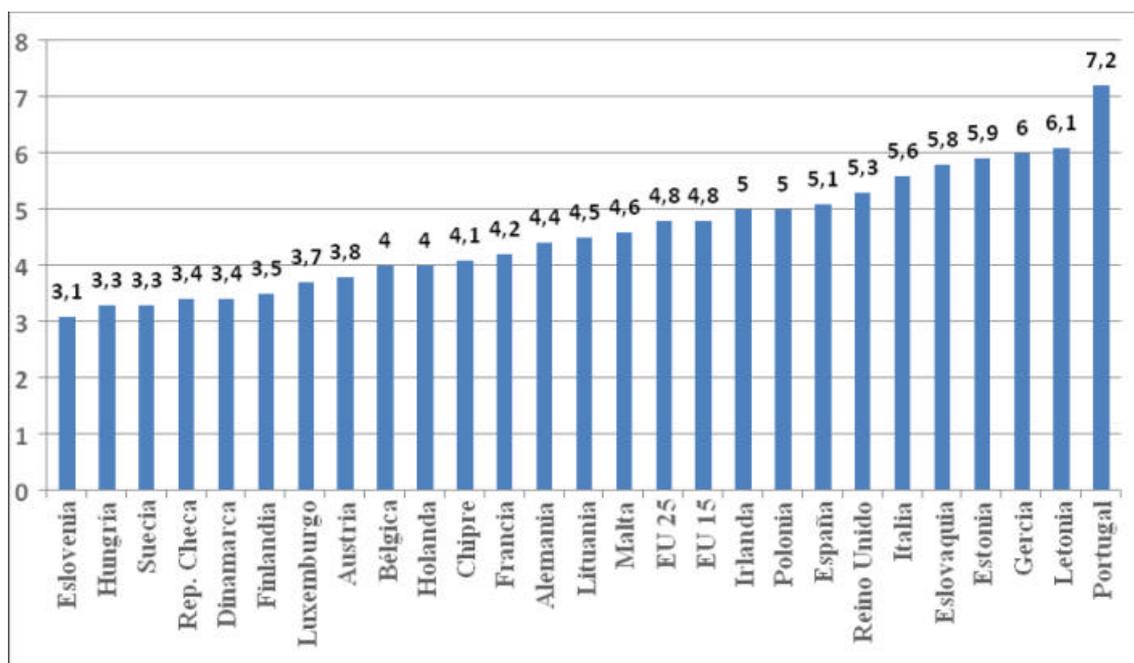
En este sentido los datos siguen escondiendo otra realidad. Si analizamos la evolución de la distribución de la riqueza a nivel mundial en los últimos 50 años, nos damos cuenta que es precisamente en las dos últimas décadas cuando más se ha incrementado el desigual reparto de la riqueza. Si bien entre 1950 y 1985 hubo una ligera reducción de las disparidades en el control de la riqueza entre los 10 países más ricos frente a los 10 países más pobres, (pasando de un 36,2 a un 30,1 respectivamente) Es a partir de esta fecha cuando se produce un ensanchamiento de la brecha existente entre estos países, pasando a representar un 47,2 en 2001. Es decir en esta fecha los 10 países más ricos del mundo tenían un PIB per capita 47,2 veces superior a los 10 países más pobres del mundo.

Evolución de la razón del PIB p.c. entre los 10 países más ricos y los 10 más pobres, entre 1950 y 2001

Fuente: Banco Mundial

La desigualdad en Europa es también manifiesta, si analizamos el ratio del total de ingresos recibidos por el 20% de la población con las rentas más altas (quintil alto) con relación al 20% de la población con rentas más bajas (quintil bajo), veremos que por término medio la población con más ingresos dispone de casi 5 veces más renta que el 20% de la población con menores ingresos. El caso más extremo lo encontramos en Portugal con 7,2, pasando por España con un 5,1, hasta llegar a Eslovenia con tan sólo un 3,1.

Distribución de la desigualdad de renta en la Europa de los 25 para el año 2004 (Razón quintiles 80/20)²



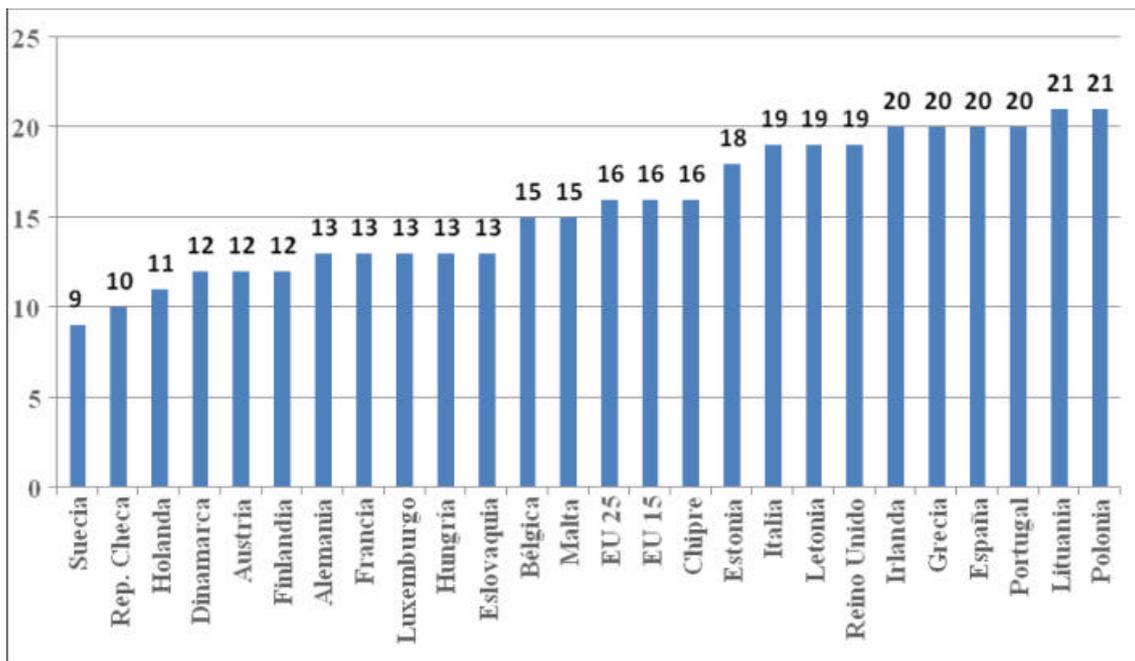
Fuente: Eurostat.

Por lo que se refiere al acercamiento a la exclusión social – en el caso de Europa – a través de indicadores aceptados en la Conferencia de Laeken, se observa que en la Unión Europea de los 25, actualmente hay por término medio un 16% de personas en riesgo de exclusión³ en 2005. En términos absolutos este dato supone en la actualidad alrededor de 72 millones de personas que se encuentran en riesgo de pobreza en la Europa de los 25. Sin embargo este dato esconde también importantes disparidades desde el 9% de Suecia hasta el 21% de Lituania y Polonia, o el 20% de Irlanda, Grecia, España y Portugal.

² Los datos de Chipre, Rep. Checa, Estonia, Letonia, Lituania, Hungría, Eslovenia, Holanda y Reino Unido se refieren al año 2003. Y el dato de Malata a 2000.

³ Se entiende que un hogar o individuo se encuentra en riesgo de exclusión cuando vive con menos del 60% de la mediana de la renta disponible equivalente.

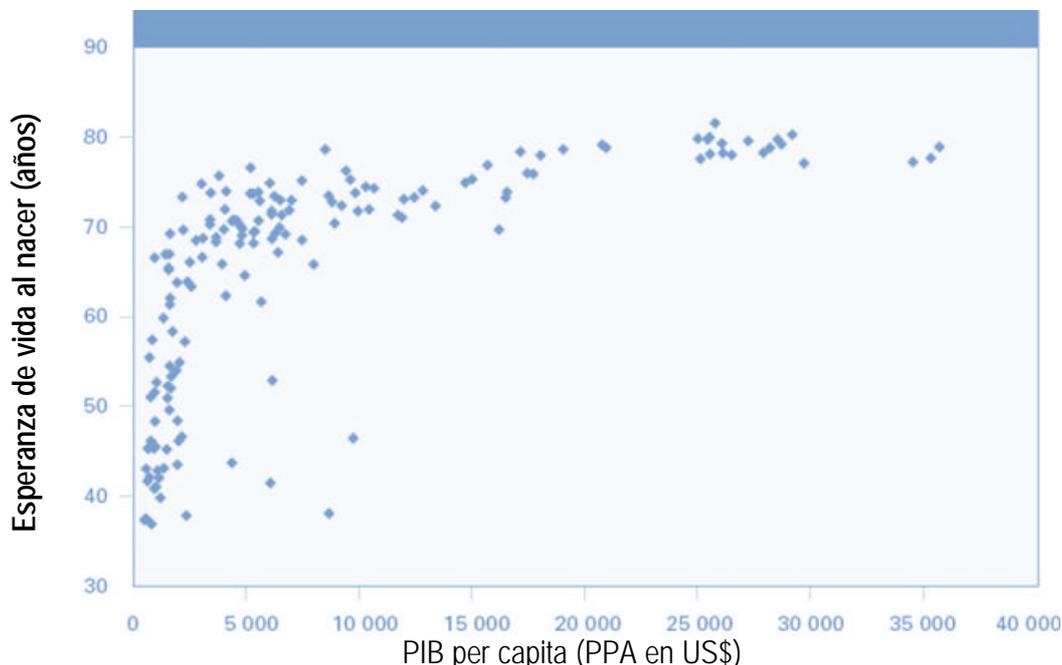
Riego de pobreza en la Europa de los 25 para el año 2005 (%)⁴



Fuente: Eurostat.

Otra manera de mostrar la pobreza desde una perspectiva cuantitativa es analizando elementos que muestran el bienestar y el desarrollo, ya no sólo económico, sino social e incluso “demográfico”.

Relación entre la Esperanza de vida al nacer y el nivel de ingresos 2002



Fuente: World Economic and Social Survey 2006 – Naciones Unidas.

⁴ Eslovenia no aparece porque no hay datos para el año 2005. En fechas anteriores el porcentaje de personas en riesgo de pobreza para este país rondaba el 10% (año 2003).

Como podemos ver en el gráfico de arriba, se pone de manifiesto que hay una importante correspondencia positiva entre la esperanza de vida al nacer y la renta per capita. Mayores niveles de renta suponen mayores niveles de esperanza de vida. Esto en suma lo que nos está demostrando es la estrecha relación que hay entre el desarrollo humano y el crecimiento económico. Sin embargo lo que sucede en la actualidad es que en muchos casos se está produciendo crecimiento económico, pero no desarrollo social. Lo cual incrementa significativamente la brecha existente entre los más ricos y los más pobres, impidiendo de este modo un desarrollo equitativo y llevando a una parte muy importante de la sociedad a una espiral de pobreza y exclusión social.

¿De dónde partiría la solución a esta dinámica de ampliación de las disparidades internacionales e interclases? A mi juicio caben dos soluciones, y cuál de ellas más imposible de poner en práctica, en la medida en que están arraigadas en la cultura y en el modo de producción capitalista:

1. Romper con las estructuras y conceptos que hacen que este modelo sea a todas luces injusto. Es decir, romper, sobre todo, con el concepto de propiedad privada, ya que éste, y así lo ha demostrado la teoría sociológica clásica es el origen de la propia desigualdad.
2. Garantizar una mejor distribución de la riqueza por medio de un modelo económico redistributivo y no fundamentado en la explotación y la acumulación de la riqueza.

Para concluir, habría que buscar algún elemento que pudiera reducir las diferencias y las desigualdades propias de las sociedades capitalistas modernas. Para ello hay que recordar que el desarrollo de las nuevas expresiones de la desigualdad se gesta con la crisis del Estado de Bienestar. Si bien éste no eliminó las desigualdades, sí palió los efectos de las mismas. Quizá sea el momento de reflexionar sobre la utilidad de un instrumento regulador tan eficaz como fue en su momento este modelo de Estado.

Bibliografía.

- Besis, S. (1995): De la exclusión social a la cohesión social. Paris: UNESCO, Gestión de las Transformaciones Sociales, Colección Políticas Sociales - no. 2
- Bourdieu, P. (1967): Los estudiantes y la cultura, Barcelona: Labor.
- Alvarez-Uría (1992): Marginación e Inserción. Madrid. Endymión.
- Eurostat (2005): "Income poverty and social exclusion in the EU25", *Statistics in focus*, 13/2005:1-8.
- Eurostat (2005): "In-work poverty", *Statistics in focus*, 5/2005:1-12.
- Feito, R. (1997): Estructura social contemporánea. Las clases en los países industrializados, Madrid: Siglo XXI.
- Fernández Enguita, M. (1999): Sociología de la Educación, Barcelona: Ariel.
- Nussbaum, M.C. (2007): *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión*, Barcelona: Paidós.
- ONU (2005) Informe sobre la situación social en el mundo de 2005 de la Asamblea General de las Naciones Unidas. ONU.
- ONU (2006): World Economic and Social Survey 2006 - Diverging Growth and Development. ONU.
- Parkin, F. (1984): Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa. Madrid: Espasa Calpe.
- PNUD (2005): Informe sobre el desarrollo humano, Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- PNUD (2006): Human Development Report, New York: Palgrave Macmillan.
- Puyol, A. (2001): *El discurso de la Igualdad*, Barcelona: Crítica.

Sen, A. (1992): *Nuevo examen de la desigualdad*, Madrid: Alianza Editorial.

Subirat, J. (2004): *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*, Barcelona: Fundación La Caixa.

Tezanos, J.F. (2001): *La Sociedad Dividida. Estructura de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*. Madrid: Biblioteca Nueva

The World Bank (2006): *World Development Report*, New York: Oxford University Press.

Tilly, Ch. (2000): *La desigualdad persistente*, Buenos Aires: Manantial.

Torres, J. (1999): "Nuevas expresiones de la desigualdad social", *Estudios Regionales*, 54:147-160.